



Ilustración: Natalia Rizzo

Un debate con Claudio Katz

# LA FANTASÍA DEL IMPERIO COLECTIVO

**El libro de Claudio Katz, *Bajo el imperio del capital*, resume algunos de los debates más importantes que se suscitan sobre la teoría del imperialismo, y sistematiza varias conclusiones a las que fue arribando. En esta oportunidad nos proponemos hurgar en lo que nos parece el núcleo argumentativo fundamental del autor sobre el imperialismo contemporáneo.**

**ADRIÁN CRI**

Economista, docente UBA.

**MARCOS ROBLES**

FCE-UBA.

## Los tiempos del "Imperio"

Katz sintetiza en su libro<sup>1</sup> la visión de lo que define como el *imperio* del capital mediante tres "dispositivos":

La asociación internacional de los poderosos apunta, en primer lugar, a incrementar la extracción de plusvalía a los trabajadores. La concertación geopolítica de la gestión imperial busca, en segundo término, estabilizar esos privilegios. Finalmente, la dominación que imponen los poderosos pretende naturalizar esas injusticias como un dato inamovible de la realidad (p. 241).

Katz basa su tesis en la creciente asociación de las clases capitalistas de las grandes potencias, que tienden a convertirse en una clase transnacional, lo que hace que primen los intereses comunes, y evita luchas de competencia despiadadas y el agravamiento de las tensiones geopolíticas. Además, todas las burguesías del mundo, crecientemente asociadas, confiarían la seguridad de sus negocios al gendarme norteamericano.

Un aspecto notorio de todo el desarrollo argumental es que está plagado de definiciones que deberían llevarlo a relativizar sus tesis centrales, pero no resultan problematizadas. Por ejemplo:

Es importante registrar el cambio en curso y sus limitaciones. La asociación internacional de los capitalistas es un proceso contradictorio y tendencial. Ha transformado significativamente la estructura competitiva nacional del imperialismo clásico, pero no ha creado clases dominantes transnacionales despegadas de sus viejos Estados. Hay un nuevo status de clases integradas, que no se amalgaman por completo (p.236).

Más adelante sostiene que: "El capitalismo se ha tornado más ingobernable y opera con niveles de inestabilidad muy superiores al pasado..." (p. 45). Y sin embargo concluye: "La mayor integración diluye las posibilidades de choque entre bloques proteccionistas y acentúa el distanciamiento del periodo actual con la época de Lenin..." (p.46). Reconoce una cosa, y lo contrario, y siempre se inclina por resolver –poco dialécticamente– las contradicciones forzándolas hacia el lado "bueno", acentuando los aspectos que moderan las contradicciones. Parece olvidar que, como sostenía Trotsky, "El capitalismo ha sido incapaz de desarrollar una sola de sus tendencias hasta el fin". Para Trotsky la economía mundial era una "potente realidad con vida propia", pero los efectos que producía estaban lejos de ser unívocos. Mucho menos en tiempos como los que atravesamos, de crisis histórica del capitalismo.

### Sin lugar para la crisis en la teoría del Imperio

Un aspecto que llama la atención en el libro, publicado a cuatro años de iniciada la crisis de Lehman, es el poco espacio que tienen las consideraciones sobre los efectos de esta crisis sobre las relaciones entre las potencias capitalistas.

Como discutimos en *IdZ* 12, la crisis actual plantea como perspectiva una larga fase de crecimiento débil que es poco esperable que “vaya a desarrollarse en un contexto poco catastrófico”<sup>2</sup>. Plantearse el panorama de las relaciones entre las grandes potencias por fuera de este panorama resulta una empresa condenada al fracaso.

Katz remarcó desde los orígenes de la crisis, como un rasgo que la distingue del pasado, que primaron las respuestas coordinadas. Sin embargo, una vez superado el “momento Lehman”, cuando la amenaza era el colapso en cascada de los sistemas financieros y la caída libre de las economías, la perspectiva de crecimiento débil y las tensiones de largo plazo que esto genera resultan menos dadas para sostenimiento de respuestas concertadas. Y, por el contrario, plantean de forma más acuciante tensiones que se venían acumulando desde hace un buen tiempo.

Katz remarca la interdependencia como un elemento “moderador” en las contradicciones interestatales. Este ha sido el caso bajo ciertas condiciones. Sin embargo, a mayor interdependencia creada por la internacionalización del capital, más exacerbadas pueden ser las tensiones cuando el panorama no es de crecimiento sino de continuo deterioro de las condiciones económicas. Al postular que: “En la actualidad rige una modalidad colectiva, que sustituye los viejos conflictos plurales por una administración conjunta” (p.68), Katz induce a una visión estática sobre las relaciones interestatales que suprime esta perspectiva explosiva.

Por el contrario, la profundidad de los problemas actuales, y la necesidad para encararlos de tomar medidas que no benefician a todos, conspira contra la perspectiva de que sea sostenible una “administración conjunta” sin que emerjan las contradicciones y se siga profundizando la distancia entre los viejos aliados que conformaron el orden pos Segunda Guerra Mundial.

La disputa entre Alemania y los EE. UU. por las medidas financieras y monetarias ante la crisis de deuda europea, que expuso los horizontes difícilmente conciliables sobre el futuro del orden monetario global y se libró al borde del abismo de un nuevo “Lehman” o una crisis aún más catastrófica, fue un reciente recordatorio. Como sostiene un artículo reciente: “En condiciones de crisis, la competencia de las naciones con moneda mundial resulta siendo una lucha de poder que se libra por el estatus de la reconocida potencia líder y la subordinación de las demás”<sup>3</sup>.

Todo esto no niega que ante nueva amenaza de sucesos “catastróficos” reemerjan momentos de coordinación como al comienzo de la actual crisis económica internacional. Pero el planteo de Katz suprime las contradicciones cuando representa la fuerza del “nuevo sistema de custodia imperial” como una que puede administrar las tensiones de la aldea global sin recibir mayores desafíos –aún a pesar de que reconoce los rasgos de pérdida de fuerza vital del centro imperial–, elimina del horizonte político (y teórico) las fuentes potenciales de tensiones interimperialistas.

### ¿Desnacionalización del capital trasnacional?

Una de las tesis más importantes que recorre el libro es acerca del grado de asociación internacional entre los capitales luego de la segunda posguerra, y las consecuencias que ello trae. Una tendencia notoria y novedosa de la posguerra fue el crecimiento exponencial de las inversiones cruzadas entre las potencias, cuyos efectos no son unívocos. Puede actuar de forma “moderadora” sobre las contradicciones que configuran las relaciones entre las principales potencias, o exacerbarlas. Pero Katz “supera” esta ambivalencia. Para él las contradicciones interimperialistas son cosa del pasado, por fuera de algunas fricciones de baja intensidad. Una base fundamental de sus afirmaciones es que tiende a inclinarse, con titubeos, por la existencia de un capital con difuso anclaje nacional:

La solidaridad militar entre las potencias y la acción geopolítica coordinada que impera bajo el imperialismo actual, también obedece a la existencia de nuevas asociaciones económicas entre capitales de distinto origen nacional (p.72).

El autor, en el permanente ir y venir de elementos, pareciera resolver las contradicciones siempre por el lado de menor tensión:

La propiedad de los paquetes accionarios ha comenzado a mundializarse y los directivos de grandes compañías adoptan ciertas modalidades cosmopolitas. Estos cambios están acotados por su desenvolvimiento en el marco de Estados nacionales diferenciados, pero ilustran un viraje hacia la mayor integración global... (p.237).

La competencia económica tendencialmente sería menos agresiva, en términos generales, y al ser más difuso el anclaje nacional de las multinacionales, ya no habría marcadamente “un” Estado que salga en defensa de “su” multinacional, sino que habría un abanico de países (imperialistas), todos ellos accionistas de las distintas multinacionales, que tendrían intereses compartidos en las mismas.

Las evidencias empíricas y los estudios más serios realizados hasta el momento, parecen matizar mucho más la formulación de Katz. Es innegable que las tendencias centrípetas del capitalismo en su fase imperialista refuerzan la integración de varios capitales en su afán de maximizar beneficios. Sin embargo, el capital es mucho más regional (continental) que global. Varias investigaciones muestran es una tendencia a la regionalización de las multinacionales, pisando fuerte fundamentalmente en alguna de las regiones de la “tríada” (EE. UU., Europa, Japón/China). Asistimos a mercados oligopolizados que pretenden pisar fuerte en su área de influencia, lo cual no los exime de una dura competencia dentro de cada región de la tríada, y mucho más cuando las multinacionales sienten amenazado su poderío por pares de otras regiones. Como sostienen los investigadores Alan Rugman y Alain Verbeke:

La evidencia de que las multinacionales más grandes del mundo, en su gran mayoría tienen un promedio del 80 % del total de las ventas en su región de origen (de la tríada). Hay sólo 10 compañías globales en la tríada, entre las 500 compañías más grandes<sup>4</sup>.

También podríamos citar el estudio realizado por la revista *Fortune Global* 500 de este año, donde queda muy claro que las principales multinacionales del mundo tienen bien marcada su bandera de origen. De las 500 multinacionales más importantes del mundo, 150 firmas son de origen europeos (28 inglesas, 28 alemanas, 20 francesas, 13 suizas, 13 holandesas, 9 italianas, 8 españolas), 128 son yanquis, 95 chinas y 57 japonesas. Es decir, 430 de las 500 multinacionales más importantes del mundo (el 86 %) se dividen en unos pocos (y bien marcados) países, centrados fundamentalmente en la tríada. A pesar del grado de integración alcanzado por los capitales, la burguesía no se globalizó (ni tiende a ello) hasta el punto de desacoplarse de su origen territorial. La relación capital-Estado también se vuelve a evidenciar con las crisis, donde cada Estado pone sus recursos ante todo para sostener a las corporaciones que tienen base en su territorio, evitando –en la medida de lo posible y evaluando en cada caso su valor estratégico– que sean víctimas de la concentración y centralización.

Es por esto que, dentro del complejo juego dialéctico de concentración y competencia, la afirmación de que “el imperialismo contemporáneo refuerza la asociación económica entre empresas de distinto origen nacional” (p. 46), es unilateralizada por el autor para sostener una primacía de la tendencia hacia la “mayor integración global”. Por eso insistimos con la afirmación de Trotsky de que: “El capitalismo ha »

sido incapaz de desarrollar una sola de sus tendencias hasta el fin...”, ya que es justamente la dinámica explosiva de este choque de tendencias contrapuestas la que debemos tener siempre presente.

### El desarrollo desigual y las relaciones interestatales

Sostiene Claudio Katz:

El origen de esta internacionalización del capital fue el sostén norteamericano a la reconstrucción de los países derrotados después de la Segunda Guerra. Estados Unidos no desmanteló la industria, ni sepultó los avances tecnológicos de sus adversarios, sino que les concedió créditos para forjar el marco asociado. Aunque el propósito principal de este apuntalamiento era contener el avance soviético, el auxilio americano favoreció la gestación del patrón económico que singulariza al imperialismo colectivo (p.72).

Quizá habría que tener en cuenta los bombardeos sobre Dresden y Tokio, que sí ayudaron a desmantelar la industria de sus adversarios bélicos. Pero sí, podemos admitir que en el contexto de la posguerra, con la amenaza soviética y la necesidad de crear bases para un dominio estable para el capitalismo mundial, la gran estrategia norteamericana luego de la Segunda Guerra Mundial apuntó a fortalecer un orden liberal transnacional y dio espacio para la recuperación potente de Alemania y Japón. Pero el objetivo central no era crear un “marco asociado” sino reforzar la supremacía americana. Pretendían asegurar la ventaja sobre sus competidores y garantizar que estos cooperaran en el orden que la favorecía. Los pactos de Bretton Woods coronaron esta postración. El conjunto del sistema geopolítico de posguerra se asentó sobre un orden que tenía a EE. UU. y un sistema monetario basado en su moneda, en el centro. La acción “concertada” que caracterizó a las grandes potencias desde la posguerra se sostuvo en la superioridad económica y militar norteamericana. Y el conjunto de los dispositivos para sostenerla se apoyan en un lugar preponderante de los EE. UU. Pero estas condiciones muestran un agotamiento. Perry Anderson señala en

“Imperium”<sup>5</sup> que, como irónico resultado de su éxito, “la lógica de largo plazo de la gran estrategia norteamericana se ve amenazada de volverse contra sí misma”. El imperio, que no cesó de extenderse, se está volviendo sin embargo “desarticulado del orden que procuraba extender. La primacía norteamericana no es ya el corolario de la civilización del capital”<sup>6</sup>. Lo que Anderson describe, aunque se niegue a sacar las conclusiones fundamentales de lo que plantea<sup>7</sup>, es un resultado del desarrollo desigual que, todo sugiere, vuelve disfuncional, tanto para EE. UU. como para el resto, el orden de posguerra.

Este desarrollo desigual era justamente el fundamento central que sostenía Lenin para criticar una perspectiva “ultraimperialistas”. Para Lenin, cualquier alianza del “capital financiero unido internacionalmente” se basa en “el reparto de las esferas de influencia, intereses, colonias, etc., que el cálculo de la *fuerza* de los participantes, de su fuerza económica general, financiera, militar, etc.”<sup>8</sup>. Para él era central el desarrollo desigual que altera estos balances: “la fuerza de estos participantes del reparto no se modifica en forma pareja, ya que bajo el capitalismo es imposible el desarrollo *igual* de las distintas empresas, trusts, ramas de la industria o países”<sup>9</sup>. El cambio en el balance replantea las bases de cualquier alianza. Esto vale para las condiciones de la acción concertada bajo liderazgo norteamericano, aunque hasta ahora nadie se lo dispute abiertamente.

### Algunas conclusiones preliminares: un “imperio” sin desafíos

Desde el punto de vista teórico, el enfoque de Katz intenta lograr una síntesis entre los “tres modelos” de caracterización del escenario de post Segunda Guerra que surgieron en la década del ‘70, que se basaban en distintos análisis acerca de la relación entre la centralización internacional del capital y el Estado burgués, resaltando alternativamente tendencias superimperialistas, ultraimperialistas e interimperialistas<sup>10</sup>. Katz va a criticar someramente –en el capítulo dos de su libro– aspectos de las tres visiones:

La tesis superimperialista omitía la inexistencia de relaciones de subordinación entre las economías desarrolladas, equiparables a

las vigentes en la periferia. El enfoque transnacionalista desconocía la continuidad de las rivalidades entre las corporaciones, ahora mediadas por otra conformación de clases y los Estados. La visión de concurrencia interimperialista minusvaloraba la ausencia de confrontaciones bélicas y el avance registrado en la integración de los capitales (p.41).

No obstante estas críticas, su enfoque resulta llamativamente compatible con las dos primeras visiones: su acentuado énfasis en la superioridad militar norteamericana pareciera quitarle a las otras potencias toda independencia real frente a ella, emparentándolo a las tesis superimperialistas, más aun cuando este análisis se encuentra desarticulado de una correcta valoración del declive económico de EE. UU. Otros elementos como el ascenso económico chino y la expansión de su gasto militar –que ya representan respectivamente el 55 % y el 30 % del de EE. UU., creciendo a un ritmo superior–, la decadencia del proyecto de la Unión Europea y el crónico estancamiento japonés, ponen en cuestión esta visión, por cuanto ningún liderazgo puede ser sostenido militarmente sin su contraparte de expansión y supremacía económica; eventualmente la ley del desarrollo desigual actuará modificando las relaciones de fuerzas entre las potencias.

Asimismo, su insistencia en la asociación de capitales –emancipando la competencia entre potencias de su origen estatal– lo acerca al modelo del ultraimperialismo, donde tienden a diluirse las diferencias entre los intereses económicos de los capitalistas de diferentes nacionalidades, desapareciendo con ello la competencia interimperialista, dejando solamente en pie la concurrencia entre las compañías transnacionales.

El resultado es una obra que nos acerca e indaga sobre problemas fundamentales del capitalismo actual, con una vasta bibliografía y muchos planteos estimulantes, pero que transmite una visión que no resulta convincente de un capitalismo estable y fuerte, con clases dominantes sin fisuras serias entre ellas. ●

1. Bs. As., Ediciones Luxemburg, 2011.

2. Paula Bach, “Analogías para una crisis histórica”, *IdZ* 12.

3. Wolfgang Möhl, “Crisis e imperialismo. Tres tesis sobre las coyunturas actuales de la competencia imperialista”, *Rebelión*, 28/8/14.

4. Alan M. Rugman y Alain Verbeke, “Regional and global strategies of multinational enterprises”, *Journal of International Business Studies* 35, 2004.

5. Perry Anderson, *New Left Review* 83, 2013. La traducción es propia.

6. Perry Anderson, “Consilium”, en *New Left Review* 83, 2013.

7. Para una crítica de su persistente escepticismo, ver *IdZ* 6 y 8.

8. V. I. Lenin, *Obras selectas*, Ediciones IPS, 2013, Tomo 1, p. 567.

9. *Ibidem*, p. 568.

10. Ver Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Ediciones Era, 1979.